

Una realidad

sociológicamente identificable

El término empleado: «Ecclesia Dei»¹

Entremos ahora a formular algunas observaciones sobre el lenguaje empleado para designar esta realidad comunitaria que es el primer factor constatable y documentado del brote inicial cristiano.

Hemos dicho que el fenómeno cristiano aparece en el escenario de la historia en forma de grupo, como una comunidad. Una comunidad que expresaba la conciencia de representar la realización definitiva del pueblo de Israel.

El término judío con el que se designaba la realidad de Israel en tanto que pueblo de Dios era «*qahal*». Este término indicaba una realidad compuesta por muchos individuos, pero unidos, que expresaban su unidad reuniéndose en asamblea. Ahora bien, aquel grupo que se reunía al principio bajo el pórtico de Salomón y que luego fue poco a poco creciendo y multiplicándose, comenzó a denominar su propia realidad, al reunirse en ambientes ya helenizados, con el término *ekklesia*. El término en griego significa literalmente asamblea, reunión de personas. Desde el momento en que la participación del anuncio de la novedad cristiana empezaba a llegar al mundo exterior al judaísmo, el término se tomó del léxico helenístico que lo empleaba para designar cualquier tipo de agregación de gente. Era, por tanto, una palabra que se aplicaba a realidades normales de la vida social, una llamada a reunirse que podía atañer no sólo a los cristianos, sino que podía producirse para finalidades y por motivaciones muy distintas en cualquier ciudad.

Por ejemplo, cuando en los Hechos de los Apóstoles se relata un incidente que tuvo Pablo durante su predicación en Éfeso, provocado por los plateros ligados al templo de Artemisa que temían que lo que anunciaba Pablo les causase graves daños, se describe así el tumulto: «La ciudad se llenó de confusión. Todos a una se precipitaron en el teatro arrastrando consigo a Gayo y Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pablo. Pablo quiso entrar y presentarse al pueblo, pero se lo impidieron los discípulos... Unos gritaban una cosa y otros otra. Había gran confusión en la asamblea y la mayoría no sabía por qué se habían reunido» (Hch 19, 29-30. 32).

El autor de los Hechos de los Apóstoles emplea para designar esta reunión improvisada y turbulenta el término *ecclesia*, el mismo que se usaba para designar la

¹ Este apartado y el siguiente están en gran medida inspirados en el bellissimo volumen de J. Hamer, *La Chiesa é una comunione*, Morcelliana, Brescia 1984.

reunión de los cristianos, con lo que pone de manifiesto que en el uso normal de la vida civil ese término se refería a cualquier reunión que se hiciera con cualquier motivo u ocasión.

La definición de la asamblea cristiana *ekklesia* en griego, *ecclesia* en latín), retomando la idea judía de la *qahal Yahvé*, se caracteriza y completa su definición mediante el genitivo «Dei»: *Ecclesia Dei*, la comunidad de Dios. ¿En qué sentido se añade este genitivo al término del léxico común? En un sentido tanto objetivo como subjetivo: es decir, ese «de Dios» significa, por un lado, y del modo más natural, que la asamblea tiene a Dios como contenido que le concierne, pero, por otro, y es aquí donde debe identificarse el origen de la fórmula, que Dios mismo reúne a la comunidad, que es Dios quien reúne a los que son «suyos», según la expresión que usa a menudo el Nuevo Testamento. Así pues, *Ecclesia Dei* quiere decir los reunidos por Dios².

¿Cuáles son las categorías que están implícitas en esta fórmula tan original de la primitiva comunidad cristiana? Ante todo la categoría, a la que ya hemos aludido, de la preferencia, de la elección de Dios, que encontramos de nuevo aquí aplicada al pueblo que se estaba formando, un pueblo perfectamente identificable aunque no por sus confines étnicos.

El Señor Dios, en su designio sobre todo el mundo, dirigido a todo el mundo y que es el Señor de todos, se ofrece a todos mediante la elección de una realidad humana particular. Decíamos antes que este método es motivo de escándalo, y lo es mucho más para nosotros hoy que estamos tan llenos de dificultades para darnos cuenta del significado que tiene el lenguaje cristiano auténtico. El concepto de elección, de que Dios escoja, es el caso en que más clamorosamente constatamos dentro de nosotros la lejanía para comprender, pues no hay nada que sea más contradictorio con el racionalismo en que hemos sido formados y con el igualitarismo o el democratismo que son consecuencia de él. Y, sin embargo, esto es precisamente lo característico de la iniciativa que Dios toma y que ha tomado en la historia con relación al hombre: comenzó a hacerse conocer directamente mediante el pueblo judío, y ha proseguido su obra con este mismo método. En efecto, Jesucristo, a quien el Padre envió para salvar al mundo, se comunica a través de algunos que transmiten esa noticia y la vida que proviene de ella. No hay nada que afirme y enseñe mejor al hombre el carácter absoluto de Dios como el hecho de que Él lleve a cabo su obra en el mundo mediante quienes Él escoge, a través de una elección: Dios no está ligado a nada, y esto se manifiesta precisamente en el fenómeno de esta elección preferencial.

Recordemos al llegar a este punto el célebre pasaje de Mateo en el que Jesús pregunta a los discípulos acerca de lo que piensa la gente de él y sobre lo que ellos mismos piensan de su identidad. Y Pedro responde: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Jesús le dice: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos»; y añade: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt 16,16-18). En este contexto resulta claro que se trata de

² Cf. 1 Jn 3.

una iniciativa que afecta a Pedro y que no proviene de los discípulos: la sugerencia es del Padre, y se describe a la Iglesia como algo construido por Cristo y bien *suyo*, como fruto de una elección, elección que se inscribe en la gran historia de las preferencias de Dios, quien emplea el método al que ha sido siempre fiel.

Y en los últimos capítulos del evangelio de Juan, donde se recogen las últimas palabras que dijo Jesús a sus discípulos y su testamento, su oración final, parece advertirse casi ansiedad por la unidad sensible de los *suyos*, de los que dice dirigiéndose al Padre: «Eran tuyos y me los diste» (Jn 17, 6). Toda la concepción moral de Jesús se basa, como si fuera su ley dinámica, en la fuerza unitiva que es consecuencia de la preferencia, de una elección: «Yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 20); «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí y os constituí».

Todo esto corresponde al método que siempre ha seguido Dios, y la insistencia casi apasionada de Jesús muestra claramente que el problema de los hombres es que nos resistimos a su lógica.

Así pues, el término con el que las primeras comunidades denominaban sus reuniones expresaba su convicción de que eran el cumplimiento pleno de las «qahal Yahvé», justamente porque vivían como asamblea reunida por Dios en Jesucristo, signo de una elección que no era suya³.

De modo que a la idea judía de *qahal Yahvé* le sucede la idea final de *ecclesia Dei*, la comunidad de Dios, los que él ha reunido. Hay que advertir que la *Ecclesia Dei* no es una reunión popular que merezca llamarse asamblea sólo cuando tiene una participación nutrida: lo que constituye a la comunidad cristiana como Iglesia no es el número, como tampoco el puro y simple hecho de estar juntos, sino el hecho de estar reunidos por Dios, un Dios que convoca a quien quiere y da a cada uno los dones y la responsabilidad que quiere. Como subraya Pablo: «Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros...» (1 Cor 12, 28). Es decir: es Dios quien actúa en la Iglesia, con la Iglesia. Dios elige y reúne a los suyos desde siempre. La comunidad no tiene valor como tal comunidad, sino por la acción de Dios que «elige», acercando y uniendo entre sí a los elegidos.

³ «Fue un grave error de los estudiosos... el querer negar a priori que Jesús tuviera la intención de reunir una comunidad... La idea de fundar una Iglesia se le habría atribuido cuando la Iglesia primitiva llevaba ya tiempo existiendo. Una hipótesis de este tipo interpreta mal el mesianismo escatológico de Israel, en el que es imposible ver la salvación separadamente del pueblo de Dios y en el que la comunidad forma necesariamente parte del reino de Dios... Las profecías más clarividentes nunca negaron o descuidaron este hecho, que por eso exige, dada la íntima coherencia entre el plan de Dios y su realización progresiva, que al final de los tiempos haya una comunidad de salvación, o mejor, que las promesas hechas de modo especial a Israel encuentren su pleno cumplimiento» (R.Schnackenburg, *Signoria e Regno di Dio*, Società Editrice il Mulino, Bolonia 1971, pp.218-219).